

---

---

## CUARTO SERMON.

---

Jesucristo en su vida privada modelo de la humanidad.

*Hoc enim sentite in vobis  
quod et in Christo Jesu.  
(Philip. II, 5.)*

**R**EPITAMOS, Señores, con viva fe las palabras del símbolo católico: Creo en Jesucristo, Hijo unigénito de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos, Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre, por quien fueron hechas todas las cosas, que por nosotros los hombres, y para nuestra salud descendió de los cielos, y se encarnó por obra del Espíritu Santo de María Virgen, y se hizo hombre (1). Jesucristo es Dios criador de todas las cosas, es Dios hombre, restaurador de todas ellas. Esta es nuestra fe, y nada podemos suprimir de ella si nos hemos de salvar, dice San Leon, porque corremos igual peligro si le creemos Dios solo y no hombre, ó le tenemos por puro hombre y no Dios. Ambas naturalezas

---

(1) Symbol. Constantinop.

debemos confesar, y reconocemos en él, segun la doctrina de la revelacion (1), que nos dice: El Verbo era Dios, y se hizo carne, y habitó con nosotros, y de su plenitud recibimos todos (2). Siendo puro hombre, dice San Agustin, no tendria méritos para nuestra salvacion: siendo solo Dios, no podia sacrificarse para salvarnos (3). Dios hecho hombre viene á restaurar todas las cosas en el cielo y en la tierra segun el designio de Dios Padre (4), y esto en el doble sentido que tiene esta frase de San Pablo, y que esplicamos en el discurso anterior; esto es, en el de recapitular en sí toda la creacion, elevándola hasta Dios, y en el de levantar y rehabilitar al hombre, miserablemente caido por el pecado, que vició y corrompió su naturaleza.

En el primer sentido esta restauracion se realiza en el acto mismo de la Encarnacion por la union personal de Dios con la naturaleza humana, que toma para sí, y en la que se compendian y enlazan el mundo material y el mundo espiritual. En el segundo sentido la grande obra empieza á realizarse en la misma Encarnacion, se desarrolla en la vida de Jesus, se consuma en su pasion, se perpetúa en la Eucaristía y en la Iglesia, y se termina en el cielo. En el segundo sentido, pues, vamos á examinar esta obra para conocer mas y mas á Jesucristo,

---

(1) *Idem Christus et Unigenitus Dei, et hominis Filius.... Nam unum horum sine altero non proderat ad salutem: et æqualis erat periculi Dominum Jesum Christum aut Deum tantummodo sine homine, aut sine Deo solum hominem credidisse, cum utrumque esset pariter confitendum.* (S. Leo, *Hom. de Transfig. Domini.*)

(2) Joann. I.

(3) *Neque per ipsum liberaremur unum mediatorem Dei et hominum Christum Jesum, nisi esset Deus.* (S. August., *Enchirid.* cap. 8.) *Debitum quidem Adam tantum erat, ut illud non deberet solvere nisi homo, sed non posset, nisi Deus.* (Id.)

(4) Ephes. I, 10.

y este exámen dará materia á todos mis discursos siguientes, considerando al Verbo hecho hombre en su vida privada, en su vida pública, en su pasion, en la Sagrada Eucaristía, en la Iglesia, y en el cielo sentado á la diestra del Padre.

Fijémonos hoy en su vida privada: Jesucristo modelo de la humanidad para realizar su restauracion.

### PRIMERA PARTE.

Proponiéndonos, Señores, conocer á Jesucristo restaurador del género humano para levantarle de la postracion á que le redujo el pecado, y volverle á Dios, de quien se habia alejado, nos conviene recordar la triste historia de la prevaricacion.

Compendio de toda la creacion el hombre, rey y voz de la naturaleza (1), imágen de Dios y ennoblecido con su gracia, era feliz en el paraiso de las delicias, que debian ser su patrimonio en la tierra, y mas feliz, porque sabiendo el fin á que le destinaba el Criador, alimentaba en su corazon la esperanza cierta de ver consumada su gloria con la participacion del mismo Dios, á quien sería semejante en el cielo. De este conocimiento del fin propuesto se valió el ángel de las tinieblas para precipitarlo en la ruina. Le hace mirar como cosa que le es debida, esa elevacion á ser como Dios, le excita á la impaciencia porque no se le otorga desde luego, y engendra

(1) Vir sapiens, divinum simulacrum, mundi caput venerabile, naturæ lingua, etc. (Theodot. Ancyr., *Serm. de Natio. Domini.*)

en su corazon el deseo de lograrlo por sí mismo, arrebatándolo con un acto de desobediencia á Dios, como si este por envidia le hubiese impuesto un precepto á fin de impedirle ó dilatarle injustamente esa participacion de Dios, que era la aspiracion única de su alma. Comed, dice, la fruta prohibida, haced alarde de libertad é independencia, rebelaros contra Dios y sereis como dioses, ya que ha querido encadenaros con esa prohibicion, porque sabe que comiendo el fruto vedado sereis como él (1).

El fatal consejo fué aceptado: el orgullo entró en el corazon del hombre (2), la impaciencia se apoderó de él (3), y excitada la sensualidad á vista de la hermosa fruta, todo le hizo creer que en ella se encerraba el secreto de su elevacion al sér divino (4), y alargando su mano al árbol, comió la fruta y consumó su desobediencia.

Ved ahí el pecado: el insensato deseo de saber el bien y el mal para ser como Dios, lleva al hombre á abandonar al que es su principio y su fin legítimo, y le hace caer sobre sí mismo y entregarse á las criaturas (5), corrompiendo su corazon y degradándole en sus afectos

(1) Gen. III, 5.

(2) Illud malum quo sibi homo placet, præcesserat in occulto, ut sequeretur hoc malum quod patratum est in aperto. (S. August., *De Civit. Dei*, lib. 14, cap. 11.)

(3) Ex hac superbia mox secuta est impatientia et indignatio animi indignantis ex hoc præcepto constringi, et a pomo tam nobili arceri. (*A Lapide*, in cap. III Gen., V. 5.)

(4) Credidit tam Eva quam Adam verbis serpentis promittentis omniscientiam et immortalitatem, si ex arbore vetita comederent. (*A Lapide*, in cap. 3 Gen.)

(5) Cupiditate experiendæ potestatis suæ, quodam nutu suo ad se ipsum tanquam ad medium proruit. Ita cum vult esse sicut Deus sub nullo, et ab ipsa sua medietate pœnaliter ad ima propellitur, id est, ad ea quibus pecora lætantur. (S. August., *De Trinit.*, lib. XII, cap. 11.)

y en sus acciones, hasta hacerle semejante á las bestias (1). Bien pronto experimenta el castigo: la vergüenza y el temor se apoderan del culpable. Quisiera ocultarse de Dios y de sí mismo, y no puede (2): de todo lo que ignoraba no ha aprendido mas que á conocer el remordimiento. Su razon se oscurece y se extravía; su juicio y sus pasiones, concertadas entre sí, le engañan continuamente. Se afana y se agita en seguimiento de sombras; se introduce por todos los caminos, y en ninguna parte halla reposo. Siente un pesar inmenso en el fondo de su alma; ha perdido un gran bien, tiene una como idea confusa de ello, y con un trabajo obstinado revuelve las ruinas de su inteligencia y de su corazon, esperando descubrir entre sus escombros la ciencia que le prometió el espíritu de la mentira, y no halla más que la duda, la incertidumbre, el error, deseos devoradores que le consumen, una imágen engañosa del bien, y la terrible realidad del mal (3).

Tales son las funestas consecuencias del pecado. El hombre dijo á Dios: apártate de nosotros, no queremos la ciencia de tus caminos (4); engrandeceremos nuestra lengua; nuestros lábios, de nosotros son; ¿quién es Señor nuestro? (5) Me dejaron á mí, dice el Señor, que soy fuente de aguas vivas, y cavaron para sí cisternas abiertas, que no pueden contener las aguas (6). Desde entonces, dice San Juan, triple concupiscencia reina en el mundo. La concupiscencia de la carne, la concupiscen-

(1) Psalm. XLVIII, 13.

(2) Gen. III, 8, 10.

(3) Lamennais, *Ensayo sobre la indiferencia*, p. 2, cap. 35.

(4) Job. XXI, 14.

(5) Psalm. XI, 5.

(6) Jerem. II, 13.

cia de los ojos, la soberbia de la vida (1). Orgullo insensato que hace al hombre tenerse en mas de lo que es, y amar la superioridad, fundando su grandeza en apariencias exteriores: avaricia que le apega á las criaturas, buscando su elevacion en poseer lo que halaga á la vista, en la vanidad de las riquezas: sensualidad y amor del deleite, en el que coloca la felicidad de la vida.

Es verdad que no encuentra mas que crueles desengaños, que le obligan á exclamar con Salomon: Todo es vanidad de vanidades y afliccion de espíritu (2). Es verdad que la razon misma, sobreponiéndose alguna vez á las pasiones, le descubre que está mas allá el bien verdadero, y le incita á buscarle; pero cediendo á la fatal inclinacion, se deja arrastrar al abismo, diciendo: *Video meliora, proboque; deteriora sequor* (3). Es que de tal manera se ha infiltrado el veneno de la concupiscencia en el corazon de la humanidad, que ella forma su espíritu y la ley á que todos obedecen. Era necesario el ejemplo de un Dios para arrancarla de las entrañas del hombre (4), y Dios le da ese ejemplo al dignarse descender á nosotros y vestir nuestra naturaleza. Él lo dice: He venido á buscar y salvar lo que habia perecido (5); he venido para que los hombres tengan vida, y vida mas abundante (6). Seguidme. Yo soy el camino, sirviéndoos de modelo; la verdad, constituyéndome vuestro maestro; la vida, siendo vuestro Redentor (7).

(1) I Joann. II, 16.

(2) Eccli. I, 2.

(3) Ovidio.

(4) Platon, *Apolog. Socrat.*—Sanandæ miseræ nostræ, necessarium fuit Deum incarnari ad humanæ naturæ reparationem. (S. August., *De Trinit.*, lib. 13, cap. 30.)

(5) Luc. XIX, 10.

(6) Joann. X, 10.

(7) Id. XIV, 6.

Para realizar su misericordioso designio, el Verbo de Dios toma nuestra naturaleza, no en el estado en que la constituyó él mismo en el día de la creación, sino con todas las flaquezas y miserias que atrajo sobre ella la prevaricación del primer hombre, á excepción del pecado. Tomó la forma de esclavo, dice San Pablo, se hizo semejante á los hombres (1), y semejante en todo á excepción del pecado (2). Se hizo carne, y habitó con nosotros (3). Fijemos la vista en ese sublime objeto de nuestra contemplación.

Era el único que podía escojer una madre, fijar el lugar de su nacimiento, y ordenar todas las circunstancias de su vida en la tierra. ¿Qué prepara, pues, para sí? Una madre pobre, aunque descendiente de reyes, un establo para casa de su nacimiento; un pesebre de bestias para cuna de su delicado cuerpo; un taller de pobre artesano en población humilde, para ocupación de su juventud; unos rudos pescadores, para discípulos y anunciadores después de su celestial doctrina; y un patíbulo para su muerte. Es decir, lo más humilde, lo más pobre, lo más fatigoso, lo más despreciado entre los hombres. Es verdad que hace aparecer destellos de su gloria divina en el cántico de los ángeles sobre la campiña de Belén, en la estrella que brilla en Oriente, y guía á los magos al pesebre, en las profecías y alabanzas que se oyen en el templo, en la manifestación de su sabiduría entre los doctores, y en sus milagros y en su transfiguración; pero todo esto, que es prueba incontrastable de su divinidad, forma la antítesis más sorprendente con su

- (1) Philip. II, 7.  
 (2) Hebr. IV, 15.  
 (3) Joann. I, 14.

humilde abatimiento, con su extremada pobreza, con su vida oculta, con sus fatigas y trabajos, demostrando que voluntariamente se ha puesto en este estado.

Contempladle en Nazaret. Allí se retira con María y con José, después de haber pasmado á los doctores de la ley con su doctrina y admirables respuestas (1). ¿Qué hace hasta la edad de treinta años en aquella pequeña ciudad, tan poco reputada entre los judíos, que decían: ¿Acaso puede salir cosa buena de Nazaret? (2) El Evangelista lo compendia en una sola frase: *erat subditus illis* (3). Les estaba sujeto. Obedecía y trabajaba, Señores. Hélo aquí todo. El Hijo de Dios, por quien todo fué hecho, se somete á la obediencia de una mujer y de un pobre artesano. ¡Humildad sin ejemplo! exclama San Bernardo (4). Estando sujeto á sus padres, dice San Basilio, mostraba su perfecta obediencia, compartiendo con ellos las penalidades de la obediencia y el trabajo (5). Para el mundo no era más que el hijo del carpintero de Nazaret (6). ¿Y su sabiduría divina? Queda oculta para todos. Porque lo quiso el Padre celestial, dió momentáneamente una pequeña muestra de ella en el templo; porque así lo quiere el Padre, la esconde después, como esconde su poder y su grandeza por espacio de tantos años. ¿Hasta cuándo, dice San Bernardo, hasta cuándo

- (1) Luc. II, 47.  
 (2) Joann. I, 46.  
 (3) Luc. II, 51.

(4) *Utrique stupor, utrinque miraculum: quod Deus feminae obtemperet, humilitas sine exemplo.* (S. Bernard, *Serm. 1 super Misus est.*)

(5) *Porro Jesus cum parentibus esset subjectus, sine dubio in perfeendis una cum ipsis laboribus, morigeram declarabat suam obedientiam.* (S. Basil. *in constit. monast.*, c. 5.)

- (6) Matt. XIII, 55.

guardareis silencio, oh Señor Jesus? ¿Hasta cuándo permaneceréis escondido en medio del pueblo, sin distingueros de los ignorantes y de los pequeños, Vos, que sois la fortaleza y la sabiduría del Padre? ¿Hasta cuándo, Rey del cielo, consentireis que se os tenga por hijo de un carpintero? (1) No ha llegado mi hora, puede responder Jesus, como mas tarde respondió á su Madre, que le pedia un milagro (2).

Mientras llega esa hora, Jesucristo ama y practica una vida de obediencia, de trabajo y de humillacion: se goza en ser desconocido de todos, y huye de que se fijen en él las miradas de los hombres. Por ello, como si no fuese capaz de otra cosa, se ocupa tan solo de acciones humildes; por ello oculta las luces de su espíritu, y se sujeta á la direccion y á la voluntad de María y de José. Y sin embargo, habia dicho á su Madre cuando le encontró en el templo: ¿No sabiais que debo ocuparme en las cosas que son de mi Padre? (3) ¿Son esas, Señor, las cosas del Padre? Sin duda, hermanos; la gloria del Padre pedia la humillacion del Hijo en contraposicion á la presuntuosa conducta de los hombres, dominados del orgullo, del vano deseo de distinguirse y brillar entre los demás, y del amor al regalo y al placer, que la tentacion inculcó en el corazon de Adán, y se trasmitió á todos sus hijos.

¿Qué contraste, hermanos! Mientras el hombre, dominado por el orgullo, aspira á ser tenido en mas de lo que es, y para ello pide prestado su atavío á cuanto le

(1) ¿Usquequo siles, Domine Jesu? ¿Quamdiu, Dei virtus et sapientia, quasi infirmus aliquis lates in populo? ¿Quamdiu, Rex cœli, fabri filium te pateris appellari et putari? (S. Bernard., *in Cantic.*)

(2) Joann. II, 4.

(3) Luc. II, 49.

rodea, el Verbo eterno, de quien es la tierra y su plenitud (1), y habita region de luz inaccesible (2), se desnuda de su gloria tomando nuestra naturaleza, se hace pequeño, ocupa el último lugar, se oculta y huye del aplauso y los honores (3), y protesta que no viene á ser servido, sino á servir (4). Mientras el hombre se afana por hacerse dueño de todas las cosas, y pone su gloria en las riquezas, el Hijo de Dios ama la pobreza, y se hace el mas pobre de los hijos de los hombres (5). Mientras el hombre huye del dolor y del trabajo, y se llama desgraciado cuando no goza, y feliz cuando le embriaga sensual deleite, el Verbo encarnado toma para sí la privacion, el trabajo, el dolor y los oprobios, exclamando que su corazon está oprimido mientras no llega la hora de apurar hasta las heces el cáliz de amargura (6).

¿Es solo la expiacion del pecado lo que se propone Jesucristo abrazando estas cosas? Es más, Señores. Vino á cumplir el gran designio de la restauracion y regeneracion del hombre, y por ello quiso con su ejemplo arrancar de su corazon las concupiscencias, y enseñarle que no está la felicidad en el goce del sentido, ni la grandeza en la posesion de las cosas terrenas, ni la elevacion en las apariencias y disfraces de la vanidad y del orgullo, puesto que nada de esto quiso para sí. Quiso hacerle comprender, que ni la pobreza, ni la humillacion, ni el padecimiento, son obstáculo á que el hombre sea verdaderamente grande y realmente feliz, puesto

(1) Psalm. XXIII, 1.

(2) I Thimoth. I, 16.

(3) Joann. VI, 15.

(4) Matth. XX, 28.

(5) Isai. LIII, 3.—Matth. VIII, 20.

(6) Luc. XII, 50.

que siendo Dios hizo de ellas su patrimonio en la tierra, y en nada rebajaron su gloria de Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad (1). Quiso presentársele como un modelo de lo que debe ser, si anhela lograr lo que, aun en medio de sus extravíos, forma su constante aspiración; esto es, si quiere ser como Dios y aspirar á la posesión eterna de su gloria. Le trazó, pues, un camino opuesto al que le mostró el espíritu del mal, y le hizo fácil ese camino, recorriéndole antes él mismo, dejándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas (2), y haciéndonos comprender que la grandeza del hombre viene de Dios, que se eleva sobreponiéndose á las criaturas y á sí mismo, viviendo segun la voluntad del que le ha criado, y aspirando siempre á ser la imágen de Dios por la imitación de sus perfecciones.

Dada la condicion de nuestra naturaleza, esto no es posible sin el auxilio divino, y sin esfuerzos poderosos de nuestra parte; sin luchar con las pasiones que quieren dominarnos, inclinándonos al mal desde la juventud (3), y se oponen á que consigamos la libertad de hijos de Dios (4); sin pelear, en fin, no solo contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades que gobiernan las tinieblas de este siglo, contra los espíritus de maldad (5). Esta es la condicion del hombre sobre la tierra: su vida, dice Job, es una milicia continua (6); la carne, añade San Pablo, codicia contra el es-

- 
- (1) Joann. I, 14.  
 (2) II Petr. II, 21.  
 (3) Gen. VIII, 21.  
 (4) Gal. IV, 29.  
 (5) Ephes. VI, 12.  
 (6) Job. VII, 1.

piritu, y éste contra la carne (1). El demonio, concluye San Pedro, nos rodea como leon rugiente (2), y no será coronado sino quien pelear legítimamente (3).

Tambien en esta lucha quiere servirnos de ejemplo Jesucristo, porque es nuestra cabeza, y en su persona se trata la causa de toda la humanidad (4), y por ello consintió en ser tentado (5), para vencer al enemigo que habia vencido al primer hombre (6), y enseñarnos la manera de alcanzar victoria sobre él. Comprendeis ya, hermanos, que voy á llamar vuestra atención sobre el pasaje del Evangelio, que nos recuerda la tentacion de Jesus en el desierto.

¿Por qué la tentacion? ¿Por qué en el desierto? Jesucristo es el segundo Adán, que colocándose en el lugar de este, porque el Padre le ha constituido cabeza de la humanidad (7), viene á arrojar de este mundo al príncipe de las tinieblas, que le tenia esclavizado (8), y habiendo sido vencido el primer Adán en la tentacion á que se vió expuesto, quiere ser tentado tambien para vencer. Adán fué vencido en el paraíso, y fué arrojado de él; Jesucristo viene al desierto, que figura la tierra del destierro, para conquistarnos con su victoria el eterno paraíso. Adán fué vencido en un lugar de delicias;

---

(1) Gal. V, 17.

(2) I Petr. V, 8.

(3) II Tim. II, 5.

(4) In eo agebatur omnium causa, in quo erat omnium natura sine peccato. (S. Leo, *Serm. 8 de Pass. Domini.*)

(5) Hebr. IV, 15.

(6) Nec sine ingenti mysterio hujusmodi putemus esse conflictum.... in his autem nostræ salutis est ratio; nos in illo vincimus, quia nos ei causa sumus pugnandi. (S. Maxim. *Hom. 1 de jejun. Quadrag.*)

(7) Ephes. I, 22.

(8) Joan. XII, 31.

Jesucristo busca para vencer un lugar opuesto, la soledad, la aspereza, el desierto (1). Así quiere enseñarnos que entre las delicias de la carne, entre los placeres del mundo seremos fácilmente vencidos, mientras que en el retiro, en la soledad y en la penitencia, nos será fácil alcanzar victoria.

Tras prolongado ayuno de cuarenta días, Jesucristo siente hambre, hambre misteriosa (2), que nos representa la del género humano, que privado por espacio de cuarenta siglos del alimento del espíritu, que es la verdad y el bien, que solo vienen de Dios (3), desfallecía y demandaba el remedio, elevando su voz de los cuatro ángulos de la tierra, y pidiendo al cielo la venida del que es la luz y la vida. Esa hambre es el deseo de la felicidad que constantemente forma la aspiración del hombre. El mundo, para satisfacerla, no le ofrece sino la hartura de la triple concupiscencia que se apoderó del corazón de Adán cuando cedió á la tentación, y que de él heredaron sus hijos como triste patrimonio que, lejos de ser el principio de un bienestar buscado con tanto afán, da lugar á los rudos combates y fuertes tentaciones, que agitan interior y exteriormente al hombre, y le precipitan en todos los excesos.

De esta triple concupiscencia alcanza victoria Jesucristo, venciendo al tentador, que en repetidos ataques quiso reproducir su obra del paraíso. «El antiguo enemigo del género humano, dice San Gregorio, tentó al

(1) Ut quia jamdudum diabolus Adam vicerat in paradiso, nunc in solitudine a Domino vinceretur. (S. Joann. Chrisost., *Hom. 5 in Matth.*) In deserto pugnatur asperius, quia Adam in paradiso deliciis affluens victus est oblectamentis. (*Gloss. ordin. in cap. 4 Matth.*)

(2) Matth. IV, 2.—Quod esuriebat ut homo non erat fragilitatis corporeæ, sed cœlestis gratiæ Sacramentum. (S. Maximus.)

(3) *Mallebranche.*

» primer hombre por la sensualidad de la gula, invitándole á comer del fruto prohibido, por la vanagloria diciéndole: Sereis como dioses; y por la ambiciosa avaricia, ofreciéndole la ciencia del bien y del mal. De la misma manera, pero con opuesto resultado, tentó á Jesucristo por la gula, con las palabras: *Di que estas piedras se conviertan en pan;* por la vanagloria y el orgullo, diciéndole: *Si eres Hijo de Dios, arrójate de aquí abajo;* y por la avaricia, mostrándole la gloria del mundo, y ofreciendo dársela si le adoraba.» (1) Estas son también las tentaciones á que todos los días estamos expuestos nosotros (2). O seremos vencidos como Adán, ó venceremos con Jesucristo, según nos dejemos llevar del espíritu de este ó de aquel.

Si eres hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan (3): probarás con esto tu poder, y experimentarás la satisfacción de tu apetito. Ved aquí, dice San Pedro Crisólogo, la inspiración del demonio á los hombres, en cuyo corazón quiere dominar por la sensualidad, por la satisfacción de los deseos y apetitos desordenados (4). Los vé apremiados por el ansia de gozar para llenar el vacío de su corazón, y les presenta la ma-

(1) Antiquus hostis primum hominem ex gula tentavit cum cibum ligni vetitum ad comedendum suasit. Ex vana gloria cum diceret: *Eritis sicut dii.* Ex avaritia cum diceret: *Scientes bonum et malum.* Avaritia enim non solum pecuniæ est, sed etiam altitudinis, cum supra modum sublimitas ambigitur. Quibus autem modis primum hominem stravit, eisdem secundi hominis tentator occubuit. Per gulam tentat, etc. (S. Greg., *Hom. 16 in Evang.*)

(2) Quamvis multæ ac diversæ tentationes diaboli circa nos sint, in his tamen tribus tentationibus, quas adversus Dominum habuit, etiam electos ejus tentare consuevit. (S. Joann. Chris. *Hom. 5 ex variis in Matth.*)

(3) Matth. IV, 3.

(4) Lapidés esurienti offert: humanitas talis est semper inimici: sic pascit mortis auctor, sic inimicus vitæ. (S. Petr. Chrisol., *Serm. 11 de jejuniis et tentat. Christi.*)